

## Escudé y yo

**Mario Rapoport \***

Era una noche oscura y tormentosa. Me había quedado hasta tarde terminando un artículo que me pidieron para el día siguiente, cansado y luchando con las palabras, cuando oí que alguien golpeaba la puerta de mi pequeña oficina en ese edificio complementario de la universidad. De hecho, un viejo caserón de dos plantas rodeado de jardines. Estaba destinado sólo a la investigación y a estudios de posgrado. Eran las 7:30 de la tarde, pero afuera parecía plena noche con la pequeña ventana del fondo dejando oír el rugido de una tormenta y el repiquetear de gotas de agua que incluso penetraban dentro porque nunca la cerraba del todo en ese caluroso verano. Sabía que era el último que se había quedado trabajando en ese sector reservado a los investigadores, y a esa hora ya no había actividades de posgrado en el piso de abajo. Sin la tormenta de afuera el silencio sería aplastante. Pensé que el golpe en la puerta era del encargado que cuidaba por las noches el edificio y venía a decirme algo, posiblemente recordarme que tenía que irme porque era hora de cerrarlo.

Entonces vi un cuadro fantasmagórico. Sólo mi pequeña oficina tenía las luces encendidas y el pasillo estaba oscuro, apenas tenuemente iluminado con la luz indirecta del salón de abajo. Abrí la puerta y me pareció ver el escenario de una película de Fritz Lang. Frente a mí estaba parado una suerte de Golem, pero con una diferencia. Esa figura, en realidad, era humana y llevaba un gran impermeable del cual chorreaba agua como de una fuente. Enseguida yo estaba también en medio de la tormenta con rayos y truenos sobre mi cuerpo que empezaba a temblar por esa aparición casi surrealista. Además, la figura parecía más impresionante porque el impermeable era —a mi juicio— de una talla más grande que la necesaria y no se le veían las manos aun cuando agitaba vehementemente los brazos. Empezó a hablar con una voz que sonaba como la de un tenor o un barítono desafinados (no era el momento de certificarlo); aturdía mis oídos y no podía entender lo que me decía, pero me despejó del todo. Lo que veía ahora era un señor de mediana edad con una gran barba negra que parecía bíblica y, en el medio de ella, ojos inquisidores en el cual sobresalía la nariz y esa boca temblorosa que me ametrallaba de palabras.

Le contesté lo que pude pero pronto se dio cuenta que no nos habíamos presentado y que yo no llegaba a entender bien lo que me quería contar. Se calmó un poco y con un tono más suave me preguntó -¿vos sos Mario Rapoport?-. La respuesta era cantada, no por casualidad él estaba allí, pero igual la esperaba con ansiedad. No había un cartel en mi puerta y podía ser otro, nunca nos habíamos visto y él hacía poco había vuelto al país. Le dije que sí, rápidamente, como para sacármelo de encima

---

\*Licenciado en Economía Política (Universidad de Buenos Aires). Doctor en Historia (Universidad de Paris I-Pantheon- Sorbonne, EHESS). Doctor Honoris Causa de la Universidad Nacional de San Juan. Prof. Emérito de la Universidad de Buenos Aires (2013) Director del Instituto de Estudios Históricos, Económicos, Sociales e Internacionales (UBA-Conicet-UCA-UNCuyo). Director del Instituto de Investigaciones de Historia Económica y Social de la UBA. Miembro de la Carrera del Investigador Científico y Tecnológico (CIC), Investigador Superior, CONICET. Director de la Maestría en Historia Económica y de las Políticas Económicas, UBA. Profesor en el Instituto del Servicio Exterior de la Nación (ISEN). [contacto@mariorapoport.com.ar](mailto:contacto@mariorapoport.com.ar)

enseguida. Esbozó una sonrisa y se presentó: -yo soy Carlos Escudé-. Entonces comencé a comprender.

Unos meses antes, una prestigiosa revista académica me pidió que hiciera una reseña de su primer libro publicado, que había tenido mucho éxito. Me llamaron a mí para esa tarea porque tres años antes había publicado un libro propio también con vasta repercusión sobre un tema en gran parte similar. Para hacerlo más coincidente las primeras palabras del título de este último repetían las del mío. Ambos eran producto de dos tesis doctorales realizadas en Estados Unidos y en Francia. Mi idea primitiva era remitirme a las dos páginas habituales de la reseña, pero cuando fui leyendo su libro me di cuenta que podía extenderme más, tocar aspectos metodológicos de su contenido que iban más allá del análisis de los hechos históricos, pero tenía su raíz en ellos. Basado en una abundante documentación (la mayor parte extraída de archivos secretos norteamericanos, británicos y argentinos) similar a la que yo había recurrido me incitó a un análisis más extenso y profundo, casi del tamaño de un artículo, que polemizaba con sus ideas principales. No cuestionaba sus fuentes y bases de datos sino la interpretación que les daba. Era, y ahora lo veo con más perspectiva, un buen libro, con algunas interpretaciones notables, pero que iba, a mi entender, en una dirección equivocada, como se reveló sobre todo en los gobiernos de Menem y Macri.

Le ofrecí la única silla que había aparte del asiento frente a mi computadora - "bueno, tranquilízate y conversemos"- . Lo que me quería pedir era que detuviera la publicación de mi artículo, que ya había entregado, que esperara que él iba a hacer una respuesta crítica. Entonces, me pregunté cómo es que lo había leído porque, por lo general, las reseñas bibliográficas no se remiten anticipadamente a los autores de los libros. Le dije que podía contestarme en un próximo número. Pero eso no lo conformaba, igual tenía una segunda carta en la mano, logró que los dos textos -tanto el mío como el suyo- se publicaran en un mismo número de la revista, lo que al final, lo reconozco, no fue desacertado, iniciándose así un debate que constituyó la base del desarrollo de una disciplina a la que recién se le comenzaba a dar importancia: la Historia de las Relaciones Internacionales.

Tiempo después, Escudé construyó su teoría del realismo periférico que pretendía dar una solución al problema de la relación de la Argentina con las grandes potencias superando las viejas teorías de la dependencia. Él juzgaba que los ataques a la Argentina por parte de éstas estaban vinculadas exclusivamente al carácter confrontativo y nacionalista que asumía nuestro país. Para él, la política exterior debía estar subordinada a las de los núcleos de poder mundial, en su caso los Estados Unidos. Para mí, la solución era diferente.

La Argentina tenía que tener una política exterior propia, adaptada a sus intereses y, con ella, negociar duramente márgenes de autonomía. Esto ya estaba implícito en nuestros dos primeros libros. El curso de la historia no le dio la razón. Estando o no de acuerdo con las grandes potencias, ellas hacen generalmente lo que desean en función de sus intereses, los que, además, confluyen con intereses locales que Carlos nunca consideró decisivos. Seguir ciegamente sus políticas no garantizaba una mejor presencia en el mundo o un mayor crecimiento. Luego él fue cambiando, abandonó sus posturas iniciales, cerradamente antiargentinas (en el fondo antiperonistas) y lucía frecuentemente un colorido poncho criollo. No se detuvo allí, en nuestras relaciones personales hasta llegó a venir a las presentaciones de mi segundo

libro de poesía y mi primera novela. Me di cuenta que algunas de sus actitudes eran las de un personaje con un espíritu de provocación que le facilitaba el exhibicionismo público. Pero ese personaje, escondía otro. Era el de un gran intelectual y uno de los mayores especialistas argentinos en Relaciones Internacionales, con una calidez humana que no podía verse fácilmente a primera vista. Nunca dejé de reconocerlo. Salvo que en el fondo había en él una rebeldía contra los intereses creados que lo hicieron dar varias volteretas políticas, intelectuales y personales, incluso su conversión al judaísmo, y lo malquistaron con aquellos que había defendido. De pronorteamericano se transformó en simpatizante de la experiencia china.

Su inquietud esencial seguía siendo la de tratar de saber cuáles fueron los frenos que tuvo la Argentina para no llegar a ser el país que quería o podía ser. Para él los obstáculos principales casi siempre venían de afuera, pero la solución no era la que nos describe en su propio “mundo del revés”.

Carlos, hoy me estará mirando desde su nueva morada y trasmitiéndome el tono sarcástico de sus reflexiones, que exteriormente terminaban en una risa jocunda, como aquella vez en Austin, Texas, donde participamos en un seminario sobre América Latina al que ambos fuimos invitados. En una cena final con los anfitriones norteamericanos presentes dijo que la carne gomosa y sin gusto de los LongHorn texanos (vacas de cuernos largos) que se acompañaban con veinte salsas para poder digerirlas eran más ricas que nuestro bife de chorizo. Aún escucho su voz después de la cena -”¿te lo creíste en serio, Mario?”.